

1

VACACIONES

S alí al balcón del pequeño hotel de Gandía y me encendí un cigarrillo. Acababa de darme una ducha y me sentía relajada y tranquila. Miré el humo ondulante y pensé que debía dejarlo y de paso ahorrar, pero le di una calada que me llegó hasta los pies. Empezaba a ser una costumbre eso de decirme cosas y no hacerme ni puñetero caso.

Me apoyé en la barandilla y deseé no tener que volver a la realidad de nuevo cuando amaneciera. El mar ondeaba a lo lejos y sobre él la luna iba dejando esquirlas en el agua. Allí todo era así, sencillamente bonito. Sin preocupaciones, sin dobles sentidos. Solo agradable. Ojalá aquella noche durara días. No me veía preparada para volver y asumir lo que me esperaba.

En un principio, aquellas vacaciones parecían una mala idea. Todo el mundo opinó que pasar diez días sola después de lo que había ocurrido solo serviría para darle vueltas a la cabeza sin parar. Y ya se sabe: con las cosas

tan hechas no suele tener demasiado sentido eso de pensar. Había dado por perdido mi matrimonio, me había colgado de uno de esos hombres que nunca nos conviene y había acordado separarme. Bueno..., habría sido mejor pensar antes de hacer.

Sin embargo, contra todo pronóstico, estar sola había sido una delicia desde el trayecto en tren hasta aquella noche, quizá porque seguía sin arrepentirme de las decisiones que había tomado, aunque las maneras hubieran sido poco «elegantes». Si tuviera que cambiar algo de lo que hice..., solo cambiaría el orden.

Inevitablemente, me había llevado en el equipaje el recuerdo de ciertas cosas que sí quería meditar. Víctor. Cómo no. Un Víctor que lo ocupaba todo y que apenas me dejaba pensar en otra cosa.

«Esperaré a que me llames, Valeria, pero no lo haré eternamente».

Hasta soñaba con ello, y en mis sueños nunca llamaba en el momento indicado.

No había sabido nada de él desde que nos besamos en la puerta de su estudio y, aunque estaba satisfecha con mantenerme firme con aquel distanciamiento, me inquietaba plantearme si sería algo puntual o si lo nuestro quedaría en lo que había sido hasta el momento.

Víctor. Madre de Dios santísimo. Qué portento. Aún me daba vueltas la cabeza cuando lo recordaba desnudo entre mis piernas, haciéndome gruñir de placer, llevándome hasta el coma. Víctor tenía aquel poder; me atontaba. Y no solo en la cama. Pero estaba tan reciente la decisión de sepa-

rarme de Adrián..., no podía dejar de tener remordimientos por desearle tanto.

Adrián sí me había llamado en un par de ocasiones para saber cómo andaba y cuándo saldría publicado mi libro.

Buf..., mi libro. Sí, ese libro que escribí sobre los últimos meses de mi vida y la de mis chicas. Aquello iba a traer cola. Sabía que muchas personas no estaban preparadas para verse tan reflejadas en algo que acabaría a la venta en las estanterías de las librerías. Y más me valía que se vendiera mucho, porque ahora que Adrián no estaba en casa, la economía dependía de mí solita. Pero ¿comprendería él que lo expusiera de esa manera? Sí, me había encargado de no utilizar su nombre real, pero para la gente que nos conocía sería tan evidente...

Mi editor, agente o quienquiera que sea Jose me había telefoneado el mismo día que salí de vacaciones para decirme que habían decidido publicar el libro lo antes posible. Ya lo habían maquetado y estaba en proceso de corrección. Y todo esto en... ¿qué? En semanas. No dejaba de sorprenderme.

Yo lo dejé en manos de mis editores e intenté desentenderme hasta donde pude de un asunto así. Contar mi vida en un libro..., ¿en qué momento había empezado a perder la cabeza?

Volví de pronto a pensar en Víctor. Ni siquiera estaba segura de que fuera a esperarme un tiempo prudencial. Quizá en aquel mismo momento se despedía de alguna niña guapa con un beso en la boca en cualquier portal. O peor. A lo mejor había echado mano de esas «amigas recurren-

tes» a las que había dejado de ver por mí y estaba entregado al fornicio con la espalda perlada de sudor y la respiración irregular, jadeante. ¡Ay, por Dios, con ellas no! ¡Conmigo, conmigo!

Víctor era un pecado con patas. Sin embargo..., tenía que esperar; no podía precipitarme.

Cerré los ojos y lo recordé recorriéndome entera con la lengua.

Barajé la posibilidad de mandarle un mensaje durante aquellas vacaciones, puramente de cortesía, claro, pero sabía que se me iba a ver el plumero. Ahora que volvía a estar (entre comillas) soltera, tenía miedo de no interesarle. Ya se sabe, ahora que podía a lo mejor no quería. Su reacción al confesarle que había dejado a Adrián no fue lo que se dice de cuento de hadas. En las novelas románticas esas cosas no pasaban. En las novelas románticas ellos, a pecho descubierto, lo dejaban todo por estrechar a las heroínas entre sus brazos, mientras el viento les mecía los cabellos. Nada más lejos de la realidad. En la vida real las cosas nunca eran tan idílicas.

Si quería saber algo de él sin tener que dar un paso al frente, lo más sencillo hubiera sido preguntarle a Lola, que lo veía más o menos con asiduidad, pero no quería que ella se enterara aún de que Víctor me había marcado tanto. A decir verdad, llegaba el momento de tener que confesarlo todo y no estaba preparada. Mejor esperaba a que saliera publicado el libro y ella pudiera leerlo. Me sentía ruin, pero es lo que tiene ir de valiente por la vida y airear las aventuras sexuales de una.

Me tapé la cara en un acto reflejo en cuanto me acordé de las sorpresas que iban a encontrar mis conocidos cuando empezaran a leerlo. En casa de mis padres iba a estar completamente vetado. ¿Y si lo publicaba bajo pseudónimo? Bah, lo pensaba demasiado tarde. Aquello me pasaba por hacerme la chulita.

El móvil sonó sobre la mesita de noche. Un mensaje. Me pregunté de quién sería mientras me terminaba el cigarrillo. Hacía dos días que había hablado con Lola; una semana que había llamado a Nerea y a Carmen. Esa misma mañana había hablado con mi madre y con mi hermana para preguntarle cómo iba con su embarazo. Más tarde en el tren había recibido una llamada de Adrián y su despedida sonó a «dejo la pelota en tu tejado para que me devuelvas la llamada»; ni siquiera me salió decirle que me marchaba unos días de la ciudad.

Quise que aquel mensaje fuera de Víctor..., eso me animaría la noche. ¿A quién quiero engañar? Me alegraría la semana o hasta el mes, según en qué tono lo hubiera escrito. Apagué el cigarrillo en el cenicero que había en la mesa de la terraza y entré en la habitación mientras me convencía de que no debía desilusionarme si al final eran los de la compañía telefónica con el último recibo. Cogí el móvil y respiré hondo, como los atletas que se preparan para batir un récord, y...

Allí estaba: «Sé que no debería mandarte este mensaje, que quedamos en que esperarías tu llamada y todas esas cosas, pero... solo quería decirte que sigo alerta por si un día apareces sin avisar. Algo me dice que lo harás. Mis sábanas te echan de menos. Víctor».

Lo leí por lo menos cinco veces seguidas. Como era nueva en esto de los ligues, me obsesioné con desentrañar el sentido de cada palabra, de cada frase. Suspiré frustrada al darme cuenta de que seguía siendo tan críptico como siempre. Vale, me echaba de menos, pero... ¿y si lo único que me añoraba eran sus sábanas? ¿Cuándo narices estaba estipulado que era buen momento para volver? Además, ¿quería decir con ese mensaje que empezaba a desesperarse o simplemente que...?

Qué fatiga esto de ser soltera...

Ligué pensamientos. Víctor y mi libro. Ay, Dios..., el libro. ¿Qué narices me había empujado a vender mi «diario» a la editorial? Ale, allí, con todos mis sentimientos bien descritos... ¡Por si no era lo suficientemente absurda por mí misma! Toma, Víctor, léeme bien a fondo.

Me volví a tapar la cara con las manos.

2

VUELTA A LA REALIDAD

Entré en mi piso con reticencia. Tenía la sensación de que al abrir encontraría a Adrián tirado en la cama, revisando unas fotografías en su portátil. Suspiré. La realidad era otra y debía ir acostumbrándome. Al fin y al cabo, los dos nos lo habíamos buscado, ¿no? Teníamos lo que merecíamos.

Había que pensar en positivo. Como decía Lola al menos ahora tenía todos los armarios de la casa para mí. Para celebrar mi soltería, me había regalado un conejito a pilas, un pijamita de *pilingui* y una botella de ginebra que seguían esperándome sobre la mesa baja de mi «sala de estar». ¿Esa iba a ser mi vida ahora? Orgasmos mecánicos proporcionados por un pedazo de látex que no te abrazaba después del sexo y un copazo en soledad.

No. Prefería a Víctor.

Y hablando de Víctor...

Aún no había tenido fuerzas ni inspiración para contestarle el mensaje. Quería hacerlo, pero quería ha-

cerlo bien. Ya se sabe, sonar natural y ocurrente a la vez, con un toque enigmático y sexi. Y despreocupado, sobre todo despreocupado. Nada que le diera a entender que me acostaba todas las noches con unas ganas aberrantes de que me atara a su cama y me convirtiera en su esclava.

Claro, como si resultara tan sencillo ser de repente la chica ideal. Y es que en el fondo me sentía como quien sostiene a alguien por el hilo que escapa de una de sus mangas. ¿Quién me decía a mí que Víctor no huiría en cuanto viera que mis intenciones iban más allá de la simple aventura? Una cosa es lo que uno dice, en el fragor y calor de la batalla, y otra muy distinta lo que uno hace cuando todo se calma. Y él ya no había reaccionado demasiado bien a mi separación...

Me senté en el suelo, encendí el aire acondicionado y cogí el móvil. No sabía si es que hacía mucho calor o es que pensar en Víctor encendía mi hornillo interior, pero la cuestión es que me sudaba hasta el alma. Qué poco sexi. ¿Qué habría visto ese chico en mí?

Hice tres intentonas, pero acabé borrando el texto. Me tumbé en la cama y medité acerca de la cantidad de mujeres que se habrían visto en aquella situación con Víctor. Y él habría recibido mensajes de todas las índoles posibles: calientes, divertidos, sofisticados, ocurrentes, buenrolleros... ¿Cuál era definitivamente mi estilo?

Al final opté por contestarle con sinceridad; necesitaba expresar lo que sentía. Total dentro de nada iba a poder leer con total honestidad cómo me había ido colgando de él poco a poco de espaldas a mi marido, hasta no poder quitármelo de la cabeza. Vaya plan.

Al meollo: «Me gustó mucho recibir tu mensaje. Apareceré cuando menos te lo esperes, pero dile a tus sábanas que... Bueno, mejor pensado ya se lo diré yo, ¿no?».

Lo releí y, con los ojos cerrados, pulsé enviar. No me di tiempo de pensar en ello.

Dejé el móvil sepultado por un montón de cojines sobre la cama y cogí el teléfono fijo. Llamé a mi hermana enseguida para mantenerme ocupada y mientras tanto preparé café. Cuando volví a revisar el móvil, cual yonqui, la respuesta estaba anunciada en el *display* exterior, lo que me dibujó en la cara una estupenda sonrisa de idiota.

«Tengo ganas de verte. Mi casa me recuerda a ti. Mi despacho me recuerda a ti... Todas y cada una de las cosas que tengo ganas de hacer quiero hacértelas a ti. Necesito verte (besarte, tocarte, abrazarte, desnudarte...) pronto. ¿Me estoy portando muy mal? Tendrás que volver para meterme en vereda».

Levanté la cara, miré al infinito y después enarqué las cejas.

Vamos a ver. ¿Qué significaba exactamente eso? Porque, la verdad, sonaba a pistoletazo de salida. ¿Era una señal para que le llamara ya? ¿Había pasado el tiempo suficiente? ¿Se había dado cuenta de que quería estar conmigo? ¿O es que le picaba y tenía ganas de mojar? ¿No tenía para eso un montón de mujeres dispuestas?

Ay, Dios...

Tenía tantas ganas de verle..., quizá demasiadas. Me había pasado ya muchos ratos muertos tratando de desentrañar si Víctor era solo un capricho de mi apetito sexual o algo

más y ya tenía bastante claro que estaba colgada de él. Pero aún estaba a tiempo de pararlo, alejarlo para siempre y olvidarlo. Tenía que recordar qué clase de chico era Víctor; hacía ya mucho tiempo que yo había dejado de creer en cuentos en los que el chico cambia. ¿Estaba dispuesta a tragar con lo que significaba encorsetar a Víctor en la monogamia?

Aquello no había por dónde cogerlo. Lo mejor era la callada por respuesta y meditar.

El teléfono de casa interrumpió la meditación apenas unos minutos después. Era Lola, que me llamaba desde su trabajo:

—¿Ya estás en casa? —Ni hola ni qué tal... Lola en vivo y en directo.

—Sí. —Sonreí.

—¿Hogar dulce hogar?

—Bueno, no sabría decirte. De repente es como otra casa.

—Claro. Un pisito de soltera muy guay que te sirva de picadero, muchacha. Pero si te aburres, nos vamos de compras —y respondió de forma automática como si esa fuera a ser la respuesta con independencia de lo que sucediera.

—Estás trabajando, Lola.

—Pero me duele un diente... —contestó con aire grave.

—Estás a punto de coger vacaciones; reserva todos esos planes para cuando estés libre. Seré toda tuya.

Lola lanzó un ronroneo sugerente y después siguió hablando:

—Suena muy lésbico. ¿Cuándo sale el libro?

—Mañana.

— ¿Habrá presentación?

— No, han hecho campaña en medios escritos. Te enseñaré los recortes.

— Anoche hablé con Víctor. Nos encontramos en una cervecería.

A bocajarro. Pero ¡qué cabrona! Esas cosas deben ir precedidas de una suave conversación introductoria del tipo: «¿A que no sabes a quién me encontré ayer?».

— Sí..., esto..., me envió un mensaje — contesté tratando de hacerme la interesante.

— Lo sé. Me dijo que llevaba tiempo queriendo llamarte pero que quería darte espacio. Algo de que quedasteis en que tú dejarías la situación respirar y un montón de bla bla bla sentimental. No sabes lo raro que suena escuchar a Víctor en esos términos. Por más que me extrañe, está loco por ti. A decir verdad, creo que fue escuchar tu nombre y empalmarse. — Víctor empalmado. Menuda visión más tórrida me vino a la cabeza. Tórrida y sobre la barra de su cocina, para más señas —. ¿Val? — preguntó para cerciorarse de que seguía al teléfono.

— Sí, sí, estoy aquí. Pero dime..., ¿qué ha pasado con el «no te fíes de él»?

— A todo cerdo le llega su San Quintín.

— Creo que el dicho no es así. — Me reí.

— Bah, qué más da, tú me entiendes. ¿Tienes ganas de verle?

— Sí, pero no quiero precipitarme, que crea que voy a por todas y salga corriendo despavorido. Además..., ¿y Adrián? Es demasiado pronto.

Y a pesar de todo no me creía ni una palabra de lo que estaba diciendo. Tenía unas ganas tremendas de precipitarme. Especialmente hacia su cama y que después me abrazara entre las sábanas.

—Deberías quedar con Víctor y charlar —contestó Lola.

—Con Víctor no puedo charlar. —Me arrepentí del comentario y cambié de tema pronto—. Pero dime, ¿a qué viene esta campaña pro Víctor?

—No es ninguna campaña. Es solo que... Adrián me dio una patada emocional. Me tocó las pelotas. Era el único hombre en el que confiaba. Por su culpa he perdido la fe en la humanidad.

Me revolví el pelo. Joder, aún escocía hablar del tema.

—Yo también me porté mal. —Miré al suelo.

—Creo que Víctor ha sido más valiente.

—¿Que quién?, ¿que Adrián o que yo?

—Que los dos. Al menos hasta ahora.

—Si hubiera tosido cuando le dije que me separaba, se le habrían escapado las gónadas. No suena muy heroico, ¿a que no?

—Démosle tiempo para que trague sus gónadas y vuelvan al sitio. De todas maneras, como carezco de la mitad de la información trascendental de la historia...

Me quedé callada. No quería responder a aquella provocación de Lola. Ponerme a explicarle mis episodios sexuales con Víctor con todo el detalle que ella pediría iba a resultarme agotador y... quería pensar en otra cosa. Las pulsiones que me invadían cuando me acordaba de Víctor no debían de ser sanas.

Gracias a Dios, ella carraspeó y, cambiando el tono de voz, dijo:

—¿Salimos el fin de semana? Carmen y Nerea se apuntan. Solo chicas. Para celebrar que has vuelto, que ha salido tu libro, que estamos en edad de merecer..., esas cosas.

—Estaría bien. —Sonreí.

—Me han hablado muy bien de un garito bastante pi-jo. Echamos el lazo a un par de niños bien y que nos inviten a copas. Podíamos obligar a Nerea a emborracharse y venderla a alguien.

—Qué mala eres. ¿Cómo anda el «tema Sergio»?

—No hay «tema Sergio».

—No te hagas la dura.

—Es que no me interesa para nada.

—Pero... —repliqué.

—A ver..., que yo sepa no ha vuelto con su novia, pero qué quieres que te diga... Es un gilipollas vestido de tipo duro. Y eso es muy lamentable. Oye, voy a apuntar lo del viernes en la agenda, por tanto queda fijado y ya no te puedes rajar.

Vaya, parecía que para Lola también había temas que escocían.

—¡Uhhhh! ¡El poder de la agenda roja! —dije con tono de voz en off de película de terror.

—Es la biblia, reina, y ella manda.

Colgó sin más, como siempre.

Mi libro..., mierda. Me encendí un cigarrillo y crucé hasta los dedos de los pies con la esperanza de que todos se lo tomaran con humor.